

# Marián Raméntol Serratosa

---

## Poemas

### INFINITA, PERFECTA Y CON LA SANGRE CANSADA

Con mi cara en la última curva del viento  
atravieso los huesos de la noche,  
la nariz abierta de costa a costa,  
para no perderme ninguno de los secretos  
que guardan las vísceras de los cuervos.

Así te acompañan mis venas de cáñamo  
con el perfume más triste amarrado a la ventana  
y los días sujetando diez dedos de goma,  
como un chiste de mermelada rancia.

Te me fundes  
en la arena de un piano de cola muy negro  
reventada de amor y agua,  
y entre las piernas  
un millón de acordes de tu fuga  
sueñan con morir en el próximo parto.

Cuando los dioses bajan demasiado la voz  
yo sigo manteniendo el equilibrio sobre los nombres,  
asumiendo el riesgo de los acentos  
en los límites atroces de tu huida,  
porque contigo la respiración sale mucho más barata,  
y las nubes son ahora las encargadas de ubicarte  
en el mapa empapado de mis ojos.

Cada pliegue, cada mota  
de esta ceniza extranjera en el alma,  
te recuerda infinita, perfecta y con la sangre cansada.

## UNA MEJILLA COMO ÚLTIMO SERVICIO AL SUFRIMIENTO ANÓNIMO DE MIS LETRAS INTERMITENTES

La sombra de trapo que me nace en las encías  
es como un iceberg en la boca de mi sexo.  
La joroba de la frente, la espalda de la cavidad más oscura,  
el subsidio en el que me sucedo  
hasta besar el nombre subrayado, prometido  
en todos los desiertos.

Para olvidar la estimulación del clítoris en mis zapatos,  
como lo hago con el abecedario de repuesto  
que llevo en mis paisajes,  
me abandono a la infección traviesa de los ojos  
a la mancha en el cuello de la frase  
el día de su graduación.

Me rindo a la honestidad del semen indeclinable,  
ese que apenas respira  
bajo la hipérbole del adjetivo que nos observa desde la tumba,  
para que se apodere de mi ropa,  
de la corteza de todos los labios, de la virginidad del verso,  
y me haga polizonte de la delicadeza de los cadáveres  
cuando se prestan las palabras, los párpados  
y el vello repetido en la memoria.

Más que el viento calle abajo,  
necesito una mejilla como último servicio  
al sufrimiento anónimo de mis letras intermitentes,  
y la dimensión panorámica  
sobre el abismo que llueve a fagonazos.

## EL SONIDO DE LA ESPALDA QUE HUYE HACIA DELANTE.

Murió mi eternidad y estoy velándola  
César Vallejo

El viento incuba sus huevos hacia el sur,  
unos ojos se parten lentamente en la ventana  
al descubrir el perfil de los nombres, tan frágiles,  
tan verticales en el silencio, con la boca comida  
por el desahucio, por la permanente vacante del amor  
que siempre deja sus solicitudes laborales a medias,  
desparramadas sobre la camisa de los burdeles.

Pero no está todo perdido,  
en la misericordia de las cinturas,  
el ancho de una experiencia solitaria  
por la profundidad de la altura,  
resulta la cavidad perfecta para el parto del vértigo.

Y así el beso se convierte en regresión, en partitura  
de holocaustos bajo la falda , una madre  
de pechos asombrosos atrincherados en la nieve  
y abrazos tullidos en el paladar,  
tan gloriosos sin embargo,  
como el vuelo de una mosca  
para una mantis de ojos resbaladizos,  
tan respetuosos como las cruces de repuesto  
en las carteras colegiales de los niños,  
como los tirachinas que disparan hostias en el vientre  
y nos perdonan los zapatos sucios, el sonido de la espalda  
que huye hacia delante  
y el aire embutido en las fosas nasales de cualquier horizonte.

## DOS PAUSAS SIN PASAPORTE QUE HUYEN A LOS LÍMITES DEL HOMBRO

Mi sangre ha capitulado, su lengua inflamada  
chupa la excesiva temperatura de su feminidad,  
la rotura inminente de mis hijos,  
su alma negra como la bala sobre el ciego,  
su soledad descalza, el aborto entre una distancia y otra,  
la palabra asesinada antes de su iniciación  
en la boca de los verbos aun niños.

Me queda el dolor del barro cuajado en las pupilas,  
los sueños obesos de tristeza,  
la violación del pecho en los charcos,  
la humana ferocidad del hambre en la última maleta,  
los osos de peluche que rugen por el ombligo,  
y un par de souvenirs de plástico apasionado y enérgico.

Siento la cox puesta en pie  
como la luz cuando señala, obstinada,  
la arruga del espejo, la locura en los pómulos,  
el crimen sobre la hiedra, unos ojos cerrados con llave,  
el dramatismo del día y su cojera, dos pausas sin pasaporte  
que huyen a los límites del hombro.

Siempre ha sido así, a lo largo de todas las muertes  
a las que siempre llego tarde.

## ME DEGOLLARÁN DE PIE, CON EL CORAZÓN TAPIADO

Las arrugas del aire echan raíces  
en el invernadero de mi historia,  
un mapa falto de colores  
donde el dolor picotea las verdades sin orgullo,  
los dioses borrados por la tormenta, de tanto charco  
y cubilete, de tanto callejón sin huída.

Llevo en las manos mal cerradas, imágenes  
prófugas de una calma que no me reconoce,  
metáforas que callan, repetidas a lo largo del barniz  
que protege mis sueños de madera  
y su llanto inflado,  
llevo madrigueras donde echar a dormir  
los secretos del incendio, las escaleras rotas,  
el pelo blanco que no entiende el diámetro del cero,  
los ojos que he quemado, el perfil de los temblores  
y las tardes que me quepan.

El mundo es un poema de jabón  
que limpia todo lo que pesa, las puertas  
los hijos, y la fe colgada del perchero,  
no me canso de decirlo  
y aún así me degollarán de pie, con el corazón tapiado.

## SOLO PUEDO DARTE EL AZUL CAPAZ DE MATAR

He visto el color de tu alma  
como estigmas de plástico blando  
intentando envolver para regalo  
un amanecer de libro,  
de orilla con dedicatoria ilegible,  
de beso oculto en un pasado de día sereno,  
apaciblemente húmedo y solo.

Te he visto escaparte de la línea,  
amarrado al borde del verso,  
con todo el planeta bajo el brazo,  
provocando un sarpullido en la sintaxis  
de cada uno de mis cajones partidos.

Sólo puedo darte el dolor de mis ojos,  
la rosa donde revientan mis edades,  
cada vez más pequeñas,  
un par de sueños  
durmiendo sobre papel de periódico,  
la mirada anónima  
de la farola que me vio morir, hace ya tanto,  
el ladrido de los perros,  
el vértigo de un dios desnudo  
al saberse sin huellas dactilares,  
el azul capaz de matar,  
y la luz que me acompaña, indefensa.

## EL MUNDO EN EL PASILLO

Una bombilla ciega y algunos perros,  
parroquianos de la negra leche del mundo,  
y el mundo en el pasillo,  
repartiendo sopa para abrir lentamente  
esas pequeñas mandíbulas de roedor,  
mordisquear porciones de silencio debajo de la noche,  
y beberse el desabrigo que nace despacio.

Cuando la corriente nos ve, llora  
y se muere abrazada al horizonte del tiempo.

Un sebo dolor de hombre se estira  
a la altura del miedo, más allá del frío empezado,  
se aprovecha de la invidencia de la piel, y cae a plomo  
a este lado del vientre, donde los pecados se encuadernan  
en ediciones de lujo, y el incendio amanece  
como único atajo para acceder al cielo.

Animal y sangrante, me despido de la conciencia,  
de la ley marcial de los besos, de los ojos  
sentados a la puerta de los años, expectantes.  
Y me dejo comer por los límites, el martillo,  
y el bostezo de ese equilibrio  
que siempre inventan otros.

## CARDIOGRAMA DE LOS PECHOS VECINOS

El recuerdo que vive en el piso de abajo  
ha salido al balcón, con su boca de ceniza  
que suena a crujido seco, a nombre transparente  
en los labios de una anciana,  
a mancha espesa  
en la camiseta emigrante de pieles mohosas,  
ha salido al balcón  
y desde el aire  
vitorea el desfile del silencio  
en el cardiograma de los pechos vecinos.

No respiran más ni por más tiempo,  
ni guardan más cielo que otros entre los párpados  
pero no lo saben todavía y se empeñan  
en darse cuerda, pechos de melón y de cereza,  
pechos de higo.

El cuerpo los ha olvidado, pero nadie se percata.

## ESE HORIZONTE CRUDO DEL QUE OS HABLABA AL PRINCIPIO

La ambigüedad, ya lo sabéis, es el pulso corporal del poema,  
la imprecisión es el infierno conocido.

Luis Rosales

El horizonte desollado recorre el gesto de la sala  
desprovista de paisaje, como una nueva forma de terror  
que nos bautiza a solas con el mundo,  
a solas con la aspereza del día  
y con el cristal disciplinado de los ojos.

Y esa soledad disecada nos mide, gatea su mirada  
por los nombres, por el luto severo de los años,  
y los malos muertos juegan con el aire,  
y los muertos buenos con la tierra, y los demás  
ya no lo hacemos nunca, o a lo sumo,  
le escribimos un poema en las pestañas  
al invierno que todavía viene a vernos.

Con la respiración apretada, las consonantes saben  
dónde va de visita el corazón, en qué provincia  
de la intimidad sus manos se citan  
con ese dolor de ayer, continuo y total,  
donde la vida nos ahueca, nos aísla y nos miente,  
hasta convertirnos en palabreros, milagros vivos del olvido,  
perversos habituales de las poeterías,  
adictos a la verticalidad de los ángeles,  
a ese horizonte crudo  
del que os hablaba al principio.

## CON EL PASAPORTE DE LOS AÑOS BAJO EL BRAZO

Un fusil sucio de sol  
como alma que abraza su fecha de caducidad,  
una equivocación gaseosa  
que entristece la boca de la tarde,  
ese gajo maduro del día que hiberna  
en septiembre, con la muerte bajo la cama  
empujando los huesos,  
mientras las voces del campanario  
enumeran los ataúdes, las sístoles ilegítimas,  
y esos penúltimos ojos  
recién alquilados a la miseria.

Octubre espera con sus brazos móviles  
a que la luna nos destete,  
un disparo de labios,  
un metro cuadrado de dignidad  
desde donde escribir el miedo con todo el cuerpo,  
pero nada llega desde nuestro esdrújulo vientre,  
desde nuestras manos tachadas,  
y la palabra empieza a tener hambre.

Nos sucederemos al lado de los meses,  
con el pasaporte de los años bajo el brazo,  
y espero que entretanto hayamos aprendido,  
la voz llagada de un nombre ciego,  
su sabor imperdonable y la estatura de su sexo.

DICEN QUE LA LUZ NO ES CULPABLE DE LAS TACHADURAS DEL FRÍO.

Un drama aplazado, la certeza excesiva  
de arena interminable  
donde el mundo se echa la siesta  
y suscribe sus ojos adhesivos,  
que andan para nacer en los cauces,  
y caen derechos  
en el principio de las cosas que han vivido bien,  
comprendiendo, eso sí,  
el silencio del grito desmayado, la voz  
espesa de sartenes arrugadas,  
la sangre del barro dolorido  
y los calambres del pan ausente,  
panorámica de espuma,  
para muchos, cosida a los zapatos.

Dicen que la luz no es culpable  
de las tachaduras del frío, ni de las hemorragias  
de las calles, ni de los días sin peldaños,  
Yo sólo sé que hay una tristeza de paso,  
en distintos idiomas  
sujetos por un alfiler al envés del tiempo,  
y todo se resume  
en la herida sin forma del césped, en los tatuajes  
de la noche y en el recelo de unos labios de vino

## PASEANDO LA PIEL POR UNA CIUDAD PRESTADA

Naciste en la saliva, mujer de ojos flacos.

Oigo los altavoces que te cuelgan de los pechos  
pero el mimbre de luz mojada  
que te ha desatado el rostro  
va formando ataúdes en el aire  
y la vida te evacua, como un bulto seco  
con la muerte fermentada en la mejilla.

Vives en la urgencia habitable, mujer de cejas trapecistas.

En qué laguna has abierto tu carne  
a los besos inalámbricos, a los alacranes  
que vienen a peinar los labios derramados  
sobre el silencio, a los fantasmas arrepentidos  
de escuchar siempre lo que no dices.

Quizá tu tumba sea un incendio, mujer de vientre obrero.

Vas vacía a los parques, paseando la piel  
por una ciudad prestada de gestos inaudibles  
y cuerpo inconsolable, tan parecida a ti  
que aunque te mire de lejos,  
entra por tus ojos vivos  
y subraya a los muertos que te cuelgan de la falda.

TODOS ESOS LABIOS QUE QUIEREN DORMIR, SIN PIEDAD, SOBRE MI  
VIENTRE.

El libro es ciego pero se instala en mis ojos  
y llora sobre mis manos como un insulto negro,  
no puedo abandonar la humedad de sus letras,  
sus brazos silbando el olvido sobre la lluvia,  
esas metástasis de adverbios huesudos, y los gritos  
del invierno que planean incesantes por mi garganta.

Me irrita la textura de su piel, tan planchada,  
la perfecta vigilancia de las uñas, la ceniza  
en los pulmones, los patios de azúcar, las ancianas  
subidas al tiovivo de la tristeza  
y todos esos labios que quieren dormir, sin piedad,  
sobre mi vientre.

Pero no puedo olvidar a todas las hijas  
que pesan sobre el suelo, me llaman  
saliendo de sus sábanas dolorosas,  
sudando sus nombres abiertos en una huida  
hasta mi, que soy, en definitiva,  
su final de trayecto.

## LA ÚLTIMA SOMBRA SIN ALIENTO ENREDADA EN MI MEJILLA.

Sigues llena de julio, con el mar  
caminando hacia el aire roto, con los puños  
abiertos sobre la tibieza horizontalmente húmeda  
que te imagina una y otra vez.

La última sombra sin aliento  
enredada en mi mejilla, manchada de frío,  
llega a mí como pedazos humeantes de tu nombre,  
con un beso de perfil sobre mis manos  
que copian tu luz sobre la arena.

Derramada, llovida y con todo el cuerpo en marcha  
sigues con los días dentro, más allá de las horas,  
con el aroma de madre intacto.

Me quedo quieta en el poema,  
en este campo de batalla donde quien puede muere  
y quien no, se alía con los cadáveres  
pronunciando tu sangre, como una larga procesión  
de ceniza sobre el agua.